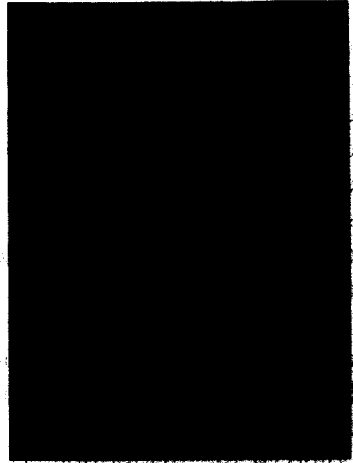


EL DEDO DE DIÓGENES

por PABLO OYARZÚN
Editorial Dolmen, Santiago, 1996.
422 páginas.



El título del libro —el gesto que es ese título y que refiere una anécdota de Diógenes de Sinope— nos señala desde ya que su asunto es el poder. Sin embargo, no se trata sin más de una reflexión filosófica sobre el poder, pues su título se deja sentir —se exhibe— al interior del verosímil del libro de filosofía; el subtítulo lo sitúa precisamente allí (como un guiño que restituye provocativamente la “seriedad” debilitada en el título), aunque no puede decirse que satisfaga a la dieta académica habitual de la Filosofía. Parafraseando una de las tesis del libro, según la cual el cinismo antiguo “es un saber que hace la diferencia en el poder y respecto de él”, este libro se escribiría desde un saber que hace la diferencia en la Filosofía y respecto de ella misma. Así, *El dedo de Diógenes* es el mismo una anécdota memorable en el contexto filosófico local. Es un libro *en* la Filosofía antes que “de” filosofía. Se desmarca de la filosofía que procede haciendo del poder *su* tema, para pensar así el poder de la Filosofía allí en donde aquél le es expropiado. Abre y se instala en la diferencia de la Filosofía con respecto a sí misma, no como aquello que falta a la Filosofía, sino como lo que ha debido faltarle para que se constituyera históricamente el verosímil predominante del discurso filosófico. Ha debido faltarle la circunstancia del logos. El lugar de esta diferencia es precisamente el que probablemente provoca y ocupa

la anécdota (el subtítulo: *La anécdota en filosofía*, anuncia el tratamiento de ese lugar, de ese “en”).

Hablamos, pues, de un lugar en la filosofía, pero no “de” la Filosofía. Y con esto no queremos decir simplemente que ésta no ejerce dominio sobre tal lugar (cuestión que podría despacharse —también muy simplemente— diciendo que lo que allí “ocurre” no es filosóficamente interesante), sino que tal lugar es también el momento de un cierto descontrol. “Las anécdotas —escribe Oyarzún— son lo factual, el caso, en estado de insumisión”. Por cierto, no es la Filosofía la que pierde el control, sino el agente empírico de su discurso —el filósofo— que encarga en ella una seria vocación por la verdad; una vocación por la seriedad. La propuesta de Oyarzún —también su vocación— no se desmarca de la seriedad ni de la verdad; más bien dispone la posibilidad de pensar “en carne propia” la verdad de esa seriedad.

El libro es una consideración filosófica de la anécdota (la consideración anecdótica de la Filosofía es la de Diógenes Laercio). Mas no con la finalidad de elaborar un concepto filosófico de ésta, sino para abrir el discurso filosófico hacia la *exterioridad* que yace en su interioridad como secreta exterioridad (pues “lo que mueve a la Filosofía es el deseo de interioridad”), al modo de un núcleo irreductible de facticidad. Se trata de la facticidad de la propia operación conceptual filosófica como operación política, en cuanto que ésta no puede disimular (con toda la puntualidad que sería necesaria) la violencia de la subsunción de la vida en la *polis* al concepto y de la vida del filósofo al programa de su voluntad de verdad.

La anécdota viene a ser, entonces, una interrupción impertinente en la historia de la Filosofía concebida como “historia de las ideas”. ¿Qué es lo que con la anécdota *irrumpe*?

Reparemos ante todo en su efecto: la anécdota (dada, por una parte, la insignificancia de su “contenido” y, por otra, la eficacia de su breve cuerpo lingüístico) des-coloca. Errado es pensar que tal efecto se seguiría del hecho de que la anécdota haría manifiestas aquellas “manchas” que han debido permanecer ocultas para que sea posible la imponentia del concepto (como si la diferencia en la cual opera la anécdota fuese simple y desvergonzadamente la falta de la vida con respecto al concepto; es decir, el individuo como una mancha impúdica en la especie humana). En efecto, por una parte, no se trata en Diógenes de una ética individualista, como sí ocurre en algunas formas de la sofística.

Por otra parte, esta “solución” (la de pensar a Diógenes como una reivindicación política de lo individual) supondría ante todo la verdad

del “relato” que constituye a la anécdota. Por el contrario, los materiales anecdóticos son trabajados por Oyarzún poniendo entre paréntesis la pretensión filosófica de verdad; más aún, es la operación de la propia anécdota la que ha producido tal inhibición de la verdad. Ésta es una de las tesis fundamentales del libro: la anécdota es eficaz no sólo con independencia de la verdad histórica de su “contenido”, sino que en tal impertinencia radica precisamente su poder. La anécdota sería una impertinencia tanto histórica como filosófica.

En efecto, de suyo la anécdota no dice algo ocurrido; o, mejor dicho, relata un acontecimiento, pero no dice qué ha ocurrido. “La anécdota —escribe Oyarzún— persiste ante todo como recuerdo *dicho*”. Comunica, pues, un hecho que no requiere haber ocurrido para ser un hecho, pues es ante todo un hecho de lenguaje y en el lenguaje: *el hecho es lo dicho*. La anécdota expone al concepto en su circunstancia.

Como protección contra la intemperie, el método y la lógica son los suplementos indispensables que rigen la relación discursiva con la verdad, en cuanto que corresponden a la necesidad filosófica de sancionar la verdad de la *relación* misma como camino real. Pero la vocación filosófica por la verdad exigiría también, sobre el agente empírico de su discurso, la voluntad de vivir en la verdad, como la tesitura de aquél que espera —“crédulo”, al decir de Oyarzún— el advenimiento de la verdad y colabora con ella. Así, el método y la lógica operan también como un patrón para la rectitud de la vida. La anécdota irrumpe en ese itinerario, pues el concepto se hace vulnerable allí en donde fija una postura (habría que leer en este sentido la autárquica “soltura de cuerpo” del cinismo diogeniano).

La anécdota no se sustrae al discurso de la verdad como para hacer manifiesta “otra verdad”, sino más bien *lo otro* que el discurso en el discurso. Ante muchas de las anécdotas convocadas en el libro que comentamos, uno puede sentirse impelido a preguntar: “¿Y bien, qué quiere decir esto?”. Se trata, sin embargo, de una operación que consiste en abrir el concepto a la “materialidad” que lo sustenta, siendo ésta el discurso mismo, *enunciado* en el pleno de la comunidad (la anécdota dispone precisamente esa “plenitud” como descampado). En este sentido, no podría identificarse al cinismo diogeniano con una suerte de filosofía “materialista” (como un auxilio conceptual de la materia).

En efecto, tal sospecha de “materialismo” (las sospechas desde la academia suelen presentir materialismo en toda resistencia, delatando en ello una peculiar inteligencia “materialista”) ha de despacharse desde el momento en que reparamos en la falsedad que es propia a toda

anécdota. La anécdota es falsa en la medida en que es una ficción, pues su medida es el aumento. El aumento, sostiene Oyarzún, es esencial a “la conversión del hecho en anécdota”. Es precisamente en la ficcionalidad en donde radica su naturaleza memorable, pues lo que se fija es el momento manifestativo de la ficción complicando al *logos* en su rígida pretensión de totalidad.

La anécdota opera en la fisura de la ficción que es el concepto articulado discursivamente en su pretensión administradora de la vida. Se instala, pues, en la fisura del sentido totalizante. De aquí que su efecto disolutorio deje al individuo que la actúa y/o padece en el descampado, ex-puesto, puesto afuera de *su* discurso.

La anécdota es definida en el texto como “la inscripción memoriosa de un hecho particular”. El relato no reduce la particularidad del hecho (no participa, por ejemplo, de la universalidad moral y pedagógica de la fábula). Ciertamente es que todo hecho es esencialmente particular, pero lo que aquí se designa con lo de “particular” es la insignificancia histórica de su autosuficiencia. Si el “hecho” anecdótico comporta una peculiar resistencia a dejarse subsumir bajo una regla o concepto general, ello se debe a que la única regla posible es, en cada caso —esto es, circunstancialmente— precisamente aquella que es fisurada, dislocada y descolocada en la anécdota. La anécdota queda en la memoria como el afuera de la historia *en* la historia. Tiene la anécdota, por lo tanto, una relación esencial con la oportunidad, como la oportunidad del concepto; el oportunismo de la metafísica, de su apetito voraz disimulado en la inapetencia del concepto. Fija el instante en que el concepto ha debido exponerse (ponerse en juego) —como discurso articulador de la vida en la polis— para imponerse con puntualidad en la historia.

El libro de Pablo Oyarzún es exigente. Si bien, por una parte, desarrolla con implacable rigor una lectura crítica de la relación entre el *logos* filosófico y la alteridad insuprimible de la vida; por otra, se sustrae a un posible agenciamiento por parte de cualquier facilismo “postmetafísico” apresurado en alivianarse de la historia.

SERGIO ROJAS C.